

Travesía nocturna

Policiaca · Obra de 13 personajes · 7 mujeres, 4 hombres, 2 indistintos · 85 min · Avanzado · Desde 12 años

En el ferry nocturno entre Marsella y Bastia, a la una de la madrugada, una adolescente entra en el bar de la cubierta 6 con un abrigo verde que ha encontrado en la barandilla. La pasajera que lo llevaba ha desaparecido. Vera, comisaria de a bordo, tiene hasta la llegada, a las siete, para decir a los gendarmes si se cayó, si saltó o si la empujaron. Doce personas pasan la noche en el bar, y cada una tiene algo que callar.

El bar de la cubierta 6 del Calanca, ferry de la compañía Azur Levant, una noche de mayo, entre Marsella y Bastia, en la actualidad.

Reparto

VERA (Papel femenino, Adulto) 49 años, comisaria de a bordo del Calanca, veinte años en la compañía.

ALMA (Papel femenino, Adulto) 34 años, contable en la sede de Azur Levant, viaja sola, camarote 6012.

DIANE (Papel femenino, Adulto) 46 años, pasajera del camarote 8003, en la cubierta Prestige.

CLAIRE (Papel femenino, Adulto) 38 años, primera oficial del Calanca.

ODETTE (Papel femenino, Sénior) 71 años, secretaria judicial jubilada, hace la travesía todos los meses.

MILA (Papel femenino, Joven adulto) 24 años, violonchelista, camarote 6014, va a tocar a un festival.

INÈS (Papel femenino, Adolescente) 15 años, viaja con su abuelo.

BRUNO (Papel masculino, Adulto) 58 años, director de operaciones de Azur Levant, camarote 8001.

MARCO (Papel masculino, Adulto) 44 años, camionero, tiene el camión en el garaje de la cubierta 3.

JOSEPH (Papel masculino, Sénior) 76 años, abuelo de Inès, vuelve a su pueblo.

TIAGO (Papel masculino, Joven adulto) 21 años, camarero de camarotes, primera temporada a bordo.

SAM (Sin marca de género, Adulto) unos cuarenta años, lleva el bar de la cubierta 6 desde hace doce años.

CHARLIE (Sin marca de género, Adulto) unos treinta años, escribe para un diario de Bastia.

ACTO I: LA UNA

ESCENA 1: EL ABRIGO VERDE

(El bar de la cubierta 6. Una barra, taburetes, mesas atornilladas al suelo, una larga banqueta a lo largo de los ojos de buey negros. Detrás de la barra, una puerta estrecha con el letrero «Almacén», y una puertecita, a la derecha, hacia los aseos. Al fondo, la puerta acristalada que da al pasillo. Un reloj redondo de pared marca la una menos dos. Se oye el motor, en todas partes, todo el tiempo.)

(Sam seca la barra. Odette está sola en una mesa, con un crucigrama y una libreta delante. Diane, en la banqueta, del lado del ojo de buey, con una rebeca de lana sobre los hombros, se termina una infusión. Marco, en la barra, mira el fondo de su cerveza.)

SAM. Cerramos en dos minutos. Lo digo por quien todavía tenga sed.

MARCO. Yo todavía tengo sed.

SAM. Lo que tienes todavía son cinco horas de carretera después de Bastia.

MARCO. Cuatro. Conozco un atajo por el puerto de montaña.

SAM. Conozco tu atajo. Pasa por tres bares.

(Sam le quita el vaso.)

ODETTE. Una palabra de siete letras. «Lo que el mar no devuelve.»

DIANE. ¿Los ahogados?

ODETTE. Son ocho.

MARCO. Las llaves. Una vez perdí unas llaves del camión por la borda. El jefe me las descontó de la nómina.

ODETTE. «Llaves», seis. No.

(Odette desliza los terrones de azúcar de su platillo dentro del bolso.)

ODETTE. ¿Los quiere, sus terrones?

SAM. Quédeselos. Yo nunca endulzo. Ni el café, ni la vida.

(Se abre la puerta del pasillo. Entra Bruno, con un albornoz de a bordo encima del pantalón. Huele a puro.)

BRUNO. Un coñac. El añejo, no el de la carta.

SAM. El bar cierra dentro de minuto y medio.

BRUNO. Pues sirva rápido.

SAM. El añejo es para quien lo pide antes de medianoche.

BRUNO. ¿Sabe usted quién soy yo?

SAM. El señor del 8001, que ya se tomó el añejo a medianoche. Y que fumaba en la cubierta 7, donde está prohibido.

BRUNO. ¿Quién le ha dicho eso?

SAM. Su albornoz.

(Bruno se huele la manga. Diane sonríe dentro de su taza.)

DIANE. ¿Usted tampoco duerme?

BRUNO. En el mar no duermo nunca. Los motores. ¿Y usted?

DIANE. Yo duermo en cualquier sitio. Menos donde me han dicho que duerma.

ODETTE. «Pecios». No, también seis.

(La puerta del pasillo se abre de golpe. En ese mismo instante, un reloj de pulsera pita dos veces, una nota aguda, una nota grave, y el reloj de pared marca la una. Entra Inès, sin aliento, apretando contra el pecho un abrigo verde, con un zapato de mujer en la mano.)

INÈS. Hay que llamar a alguien. ¿A quién se llama?

SAM. Despacio. ¿Qué pasa?

INÈS. Esto estaba en la barandilla. Arriba, detrás, donde están los botes. El abrigo estaba doblado sobre el pasamanos. Y el zapato en el suelo, al lado.

MARCO. Alguien se lo ha olvidado.

INÈS. Nadie se olvida un zapato. ¿Y te vas con el otro, así, a la pata coja?

(Sam coge el abrigo. Le da la vuelta. Registra los bolsillos.)

SAM. Nada. Ni documentación.

INÈS. La conozco. Bueno, la he visto. La señora pelirroja del restaurante, la que estaba sola. Llevaba este abrigo.

DIANE. ¿Había alguien, allí arriba?

INÈS. Nadie. Solo el viento. Y el mar, abajo, que se ponía todo blanco detrás del barco.

(Un tiempo. Todos miran el ojo de buey negro. Sam mira la puerta del almacén.)

BRUNO. Habrá vuelto a su camarote. Tenía calor, se quitó el abrigo. La gente hace cosas raras por la noche.

INÈS. ¿Y el zapato? ¿Tenía calor en el pie?

SAM. Tiene razón. Llamamos.

(Sam descuelga el teléfono de pared detrás de la barra.)

SAM. ¿Puente? Aquí Sam, del bar de la cubierta 6. Puede que tenga una persona al agua. Cubierta 7, popa. Un abrigo y un zapato en la barandilla. Sí. No, nadie la ha visto caer. Sí. Los guardo aquí.

(Sam cuelga. Casi enseguida, un timbre largo, grave, atraviesa todo el barco. Una voz por los altavoces: «Hombre al agua, estribor popa. Hombre al agua.» El motor cambia de ruido. El suelo se inclina despacio.)

MARCO. Está dando la vuelta.

ODETTE. ¿Damos media vuelta por un zapato?

SAM. Damos media vuelta por la persona que a lo mejor está en el agua. Que nadie se mueva. La comisaria va a bajar.

(Sam apoya las dos manos en la barra y ya no se mueve. Se abre la puerta. Entra Joseph, en pijama debajo del impermeable.)

JOSEPH. ¡Inès! No estabas en el camarote. Te he buscado por todas partes.

INÈS. Era yo la que te buscaba, abuelo. No estabas en tu cama.

JOSEPH. Había salido a tomar el aire.

INÈS. Yo también.

(Se miran. Joseph ve el abrigo verde en las manos de Sam.)

JOSEPH. ¿Y eso qué es?

INÈS. Nada. Es el abrigo de una señora.

ESCENA 2: LA COMISARIA

(La una y veinticinco. El bar se ha llenado. Charlie, de pie junto al ojo de

buey, con una cámara de fotos en bandolera. Mila, con sudadera, un estuche de violonchelo a su lado. Tiago, con el chaleco de la tripulación, una lista en la mano. El abrigo verde y el zapato están sobre la barra. Entra Vera, seguida de Claire, que lleva una radio. Vera lleva una tableta; al cuello, un cordón con su acreditación y una pequeña llave USB roja.)

VERA. Buenas noches. Buena madrugada, más bien, o lo que queda de ella. Soy Vera, comisaria de a bordo. Esta es Claire, primera oficial. Están ustedes aquí porque estaban en el bar o en la cubierta 7 entre las doce y la una. O porque duermen al lado del camarote 6012.

MILA. Yo dormía. Me han despertado aporreando la puerta.

TIAGO. He sido yo. Perdón.

VERA. Camarote 6012. Alma Ferri, treinta y cuatro años. Embarcó en Marsella, sola, sin vehículo. ¿Claire?

CLAIRE. El capitán ha dado media vuelta a la una y dos. Volvemos a pasar por nuestra estela con los proyectores. El centro de salvamento marítimo ha tomado el mando del rescate: sale un helicóptero de Ajaccio, y hay una patrullera de camino. Hemos dicho su nombre por todo el barco. Nada. Teníamos que atracar a las seis; con la media vuelta, no antes de las siete. Y el capitán me deja a tu disposición hasta Bastia.

VERA. ¿Su camarote?

CLAIRE. Lo he abierto a la una y diez. Vacío. La cama sin deshacer, el bombón de la noche todavía sobre la almohada.

TIAGO. Lo puse yo. A las diez.

VERA. ¿Habías llamado a la puerta a la una y cinco, antes que Claire?

TIAGO. Llamé. No contestó nadie.

VERA. ¿Y no abriste?

TIAGO. Es el camarote de una señora. No abro si no voy con alguien.

VERA. Para eso tienes una tarjeta maestra, Tiago. Abres, gritas «tripulación» y miras.

TIAGO. Sí. La próxima vez.

VERA. ¿Su teléfono?

CLAIRE. El número de la reserva suena y no lo coge nadie.

VERA. ¿A cuánto está el agua?

CLAIRE. A quince grados.

DIANE. A quince grados, se aguantan dos horas. Tres, si uno es fuerte y no le entra el pánico.

VERA. ¿Es usted médica?

DIANE. He visto salir del agua a mucha gente. No toda con vida.

VERA. Bien. Los gendarmes marítimos subirán a bordo en Bastia, a las siete. Me van a hacer tres preguntas: si se cayó, si saltó o si la empujaron. Y quiero tener la respuesta antes que ellos. Así que: ¿quién la ha visto esta noche?

INÈS. Yo. En el restaurante, a las nueve. Estaba sola en una mesa, junto al cristal. Pidió un té con limón y le echó tres terrones de azúcar. Tres. La grabé, bueno, a ella no, a mi plato, pero ella estaba detrás.

VERA. ¿Lograbas todo?

INÈS. Para mi cuenta. Tengo ciento doce seguidores.

JOSEPH. Ciento once. Uno soy yo.

INÈS. Después, hacia las once, la volví a ver arriba, en la cubierta 7. Les hacía fotos a los botes. De cerca. A esas máquinas enormes que sujetan los botes, los brazos de hierro.

CLAIRE. Los pescantes.

INÈS. Les hacía fotos como si fueran monumentos.

VERA. Y a la una menos cinco, encuentras el abrigo.

INÈS. Doblado sobre el pasamanos. Bien doblado, por la mitad. Y el zapato, no tirado. Puesto. Derecho, al lado, como delante de una puerta.

(Vera coge el zapato de la barra y lo mira.)

VERA. ¿Alguien más?

CHARLIE. Yo estaba en la cubierta 7 desde las doce y media. No dormía.

VERA. ¿Su nombre?

CHARLIE. Charlie. Camarote 5021. Hacia la una menos veinticinco, había alguien fumando cerca de los botes, una silueta, un puro, el olor me llegaba hasta donde estaba. A la una menos veinte, vi un abrigo verde en la

barandilla, al fondo del todo. Luego di la vuelta a la chimenea, hasta el otro lado, donde ya no da el viento. A la una menos cuarto: un grito. Corto. Y un golpe en el agua.

VERA. Un golpe en el agua.

CHARLIE. Algo pesado que cae al agua. Y dos minutos después, otro. Más pequeño.

VERA. Dos.

CHARLIE. Dos. Di la vuelta, no vi a nadie. Creí que alguien estaba tirando bolsas. Pasa, en los barcos, hay gente que tira la basura por la borda. Volví a mi camarote.

VERA. Usted oyó un grito y dos golpes en el agua, y volvió a su camarote.

CHARLIE. No dormí. Cerré los ojos.

(Bruno tose. Todos lo miran. Se ciñe el albornoz.)

VERA. ¿Y usted, señora?

DIANE. Diane. Camarote 8003. Yo apenas la vi. En la cena, una morenita, sola en su mesa. No me fijé.

ODETTE. Pelirroja.

DIANE. ¿Perdón?

ODETTE. Era pelirroja. Pelirroja como una zanahoria. La chica lo acaba de decir.

DIANE. Pelirroja, morena. Con la luz del restaurante, todo el mundo tiene la misma cara.

ODETTE. Yo no. Lo he apuntado. La una y veintiocho: «una morenita».

VERA. ¿Apunta usted lo que se dice?

ODETTE. Cuarenta años de secretaria judicial en el tribunal de Marsella. Apunto lo que dice la gente, palabra por palabra, y dónde se sienta. No sé parar.

VERA. Pues no pare. Apúntelo todo esta noche. Quién dice qué y a qué hora.

ODETTE. No pensaba hacer otra cosa.

DIANE. Si me permite, comisaria. Fui comandante en la brigada criminal de Lyon durante quince años. Una mujer que dobla el abrigo y deja el zapato

bien derecho no se cae. Lo ha elegido. Los que se caen no tienen tiempo de doblar nada.

VERA. ¿Sigue usted en la policía?

DIANE. En excedencia.

MARCO. Pues paga bien, la excedencia. La cubierta Prestige sale por trescientos euros la noche.

DIANE. No soy yo quien paga.

VERA. ¿Y usted, señorita? Su camarote es el 6014, ¿verdad?

MILA. Mila. Sí. No he visto nada. Tenía los cascos puestos, estaba trabajando una partitura. Solo he venido aquí a medianoche, dos minutos, a por agua caliente para mi miel. Y hacia las diez y media, llamaron a la puerta de al lado. A la suya. Nadie habló. Luego un ruidito, como un papel que se desliza por debajo de una puerta.

VERA. Un papel.

MILA. Puede ser. Los tabiques son finos, se oye todo. Se oye hasta a la gente cepillarse los dientes.

VERA. ¿Vino aquí?

SAM. Hacia las once y media. Un té, poco rato. Luego se fue.

VERA. ¿Sola?

SAM. Sola.

VERA. Tiago, que la tripulación registre todo el barco. Las cubiertas, los pasillos, los aseos, los garajes, los locales técnicos. Que no quede ni un armario.

SAM. El bar y el almacén los he revisado yo, en persona. Lo he mirado todo, hasta detrás de los barriles. Nadie.

VERA. Bien. ¿Señor?

JOSEPH. Joseph. No he visto nada. Miraba el mar.

VERA. ¿Desde dónde?

JOSEPH. Desde arriba.

VERA. Desde la cubierta 7. ¿A qué hora?

JOSEPH. No llevo reloj. El mar no tiene hora.

INÈS. Tiene casi ochenta años. De noche no ve nada.

JOSEPH. Setenta y seis. Y veo muy bien.

VERA. ¿Y usted?

MARCO. Marco. No la conozco. Estaba aquí, en la barra, y luego me fumé un cigarrillo en la cubierta 5, donde se puede.

BRUNO. Y yo no tengo nada que decir. Tampoco la conozco. Soy Bruno, director de operaciones de la compañía. Su jefe, comisaria, si echamos bien las cuentas.

VERA. Sé quién es usted, señor.

BRUNO. Entonces sabe que tengo que dormir. Inauguro la nueva terminal de Bastia a las once.

VERA. Nadie sale de este bar sin decírmelo. Ni los pasajeros, ni la tripulación, ni la dirección.

ESCENA 3: LAS SIETE

(La una y cincuenta. Los pasajeros se han repartido por las mesas. Odette escribe. Joseph e Inès, uno al lado del otro, no se hablan. Tiago se registra los bolsillos, mira debajo de la barra.)

TIAGO. ¿No has encontrado nada en la barra, hace un rato? ¿Una tarjeta?

SAM. ¿Qué tarjeta?

TIAGO. Nada. Déjalo.

(Bruno lleva a Vera aparte, junto a la puerta acristalada.)

BRUNO. Comisaria. Dos minutos.

VERA. Le escucho.

BRUNO. Una pasajera cansada, sola, que salta de un ferry: es triste. Pasa. Tres líneas en el periódico, un gabinete psicológico, se mandan flores. Una pasajera empujada es la primera página. Son los seguros, es la investigación, es la temporada que se hunde en junio.

VERA. ¿Y si la empujaron?

BRUNO. No la empujaron.

VERA. Está usted muy seguro.

BRUNO. ¿Quién iba a tirar a una contable por la borda? ¿Para qué?

VERA. ¿Cómo sabe que es contable?

BRUNO. Lo ha dicho usted.

VERA. No. He dicho su nombre, su edad y su camarote.

BRUNO. Pues lo habrá dicho alguien. La chica, o quien va con la cámara de fotos.

ODETTE. Nadie lo ha dicho. Lo habría apuntado.

(Un tiempo.)

BRUNO. Quiero llamar a la sede. Hay un teléfono por satélite en el puente.

VERA. Claire le acompañará.

CLAIRE. Por aquí, señor.

BRUNO. Conozco el camino. Fui yo quien lo mandó pintar.

(Bruno sale con Claire. Diane se acerca a Vera.)

DIANE. Miente.

VERA. ¿Sobre qué?

DIANE. Sobre la contable. Sobre el puro también: apesta a puro desde que ha entrado. No le digo que la haya empujado él. Le digo que miente. ¿Quiere ayuda? Sé tomar una declaración. Sé cuándo alguien recita.

VERA. Tengo mis métodos, señora.

DIANE. Tiene cinco horas y doce sospechosos, contándola a usted. Déjeme a los pasajeros, quédese con la tripulación.

VERA. Ya veremos. De momento, voy a pedir a todo el mundo un documento de identidad. Lo comparo con la lista.

DIANE. El mío está en mi camarote. Con mis gotas para el corazón, que se me han olvidado. ¿Puedo bajar?

VERA. Diez minutos.

DIANE. Me bastan cinco.

(Diane se pone la rebeca y sale. Vera pasa de mesa en mesa. Le tienden carnés, pasaportes. Los compara con su tableta.)

CHARLIE. Mi carné está en mi camarote, en la cubierta 5. Y mi teléfono también me necesita: dos por ciento. ¿Puedo ir a buscar las dos cosas?

VERA. Vaya. Y vuelva directamente.

(Charlie sale.)

VERA. ¿Señorita? Mila, ¿verdad?

MILA. Mi pasaporte está en mi camarote. En el bolsillo de la maleta. Tengo que ir a buscarlo.

VERA. Vaya usted también.

MILA. ¿Puedo dejar el violonchelo aquí?

SAM. Yo lo vigilo. Nadie lo toca.

(Mila sale. Marco se levanta.)

MARCO. Yo tengo que bajar al garaje. Me he dejado la ventanilla del camión abierta.

VERA. Pues seguirá abierta. El garaje está cerrado por la noche, usted lo sabe.

MARCO. Hago esta línea tres veces por semana. Sé lo que está cerrado y lo que no.

VERA. Entonces fúmesse un cigarrillo en la cubierta 5, si quiere. Cinco minutos. Y vuelve.

(Marco sale. Vera se detiene delante de Joseph y de Inès.)

VERA. Señor, usted estaba en la cubierta 7. Su nieta también. ¿No se cruzaron?

JOSEPH. El barco es grande.

INÈS. No coincidimos.

VERA. Hace una hora no decían lo mismo. Ella le buscaba a usted, usted la buscaba a ella. Subió a buscarle allí arriba, ¿y no le encontró?

INÈS. Estaba oscuro.

VERA. Esta noche ha estado oscuro para todo el mundo. ¿Tiago?

TIAGO. ¿Sí?

VERA. Vienes conmigo. Subimos a ver la barandilla de la cubierta 7, y luego bajamos al 6012. Quiero ver su camarote con mis propios ojos.

TIAGO. Claire ya lo ha visto.

VERA. Claire buscaba a una mujer. Yo busco lo que ha dejado.

(Vera sale, con Tiago detrás. En el bar solo quedan Sam, Odette, Joseph e Inès. Sam mira la puerta del almacén, y luego vuelve a secar la barra. Odette escribe.)

ODETTE. La una y cincuenta y seis. Todo el mundo sale. Todo el mundo miente un poco.

ACTO II: LAS DOS

ESCENA 1: EL CAMAROTE 6012

(Las dos y veinticinco. El motor ha recuperado su ruido de crucero. Todos han vuelto. Diane, en la banqueta, del lado del ojo de buey. Mila, en el otro extremo de la misma banqueta, con el estuche del violonchelo de pie entre las dos. Charlie carga el teléfono en un enchufe. Marco está en la barra, con su gorra roja puesta. Entra Vera con Tiago. Lleva una bolsa de plástico transparente.)

VERA. El centro de salvamento nos deja marchar. Retomamos la ruta. El helicóptero y la patrullera se quedan en la zona hasta que se haga de día.

INÈS. ¿Nos vamos? ¿Y ella?

JOSEPH. El barco no puede quedarse, mi niña.

TIAGO. Tienen cámaras que ven el calor de un cuerpo en el agua. Nosotros solo tenemos proyectores.

INÈS. ¿Y si no ven nada?

TIAGO. Entonces es que no hay nada que ver.

VERA. O que ya no queda nada. Alguien ha entrado en su camarote.

SAM. Claire lo encontró vacío.

VERA. A la una y diez, sí. Vacío y ordenado. La cama hecha, el bombón en la almohada. Ahora, los cajones están por el suelo, el colchón levantado, el neceser vaciado en el lavabo. Alguien ha buscado algo. Después de la una y

diez.

CHARLIE. Mientras estábamos aquí, en el bar.

VERA. No todos. ¿Doña Odette?

ODETTE. La una y cincuenta, el director, al puente, con la primera oficial. La una y cincuenta y cinco: la señora Diane, sus gotas. Charlie, su cargador. La violonchelista, su pasaporte. La una y cincuenta y seis: Marco, su cigarrillo. Y usted, con el muchacho. Aquí nos quedamos Sam, el señor, la niña y yo. Vueltas: las dos y nueve, Charlie. Las dos y diez, la señora Diane, y la violonchelista justo detrás. Las dos y catorce, Marco, que olía más a gasóleo que a cigarrillo.

MARCO. Es mi perfume. Veinte años de camión.

VERA. Y no hay maleta.

TIAGO. Tenía una, a las diez. Pequeña, roja, con ruedas. A los pies de la cama. Casi me tropiezo con ella al dejar el bombón.

VERA. Claire no la vio a la una y diez. Nadie la ha visto desde las diez. Así que se la llevó ella, o alguien se la llevó por ella.

ODETTE. Nadie salta con su maleta.

MARCO. Depende de adónde vaya.

VERA. Y había esto. En la papelera del baño, hecho una bola.

(Vera saca de la bolsa una hoja arrugada y la despliega.)

VERA. «No bajará usted en Bastia con lo que se ha llevado.» En mayúsculas. Con bolígrafo.

(Un silencio. El motor.)

INÈS. Eso es una amenaza.

MILA. Es el papel. El papel de debajo de la puerta, a las diez y media.

VERA. «Azur Levant. Cubierta Prestige.» ¿Tiago?

TIAGO. Blocs así los hay en los dos camarotes de la cubierta 8 que están ocupados esta noche, el 8001 y el 8003. Y un montón en el salón Prestige, en el mostrador de recepción. El salón no cierra por la noche. La gente sube por las vistas.

DIANE. Entonces todo el barco ha podido escribir en ese papel. Yo incluida. El director también.

VERA. Esto ya no es un accidente. Alguien la está asustando, en este barco, desde las diez y media.

JOSEPH. ¿Tenía miedo, y subió ella sola allí arriba, a oscuras?

VERA. O no subió sola.

MILA. Comisaria. Había alguien en su camarote. Cuando fui a buscar mi pasaporte.

VERA. ¿Lo vio?

MILA. Lo oí. A través del tabique. Cajones que se abren, algo que se cae. Alguien que anda sin hacer ruido, bueno, que lo intenta. Y un ruidito electrónico, dos veces. No sé qué era.

VERA. ¿A qué hora?

MILA. Hacia las dos. Apagué la luz y ya no me moví. Esperé a que se fuera. Oí la puerta, y pasos, en el pasillo. Después volví aquí.

MARCO. Un ruido electrónico es la cerradura. Las cerraduras de tarjeta pitán.

TIAGO. Las nuestras no. Las nuestras se encienden en verde, nada más.

VERA. ¿Y su pasaporte? ¿En el bolsillo de la maleta?

MILA. No estaba.

VERA. Camarote 6014. Léa Morand. Veintiséis años.

(Un tiempo. Mila mira el estuche del violonchelo.)

MILA. Es mi hermana.

VERA. Su hermana no está a bordo.

MILA. Se rompió la muñeca hace diez días. Bajando de un autobús. Tenía que tocar en Calvi, en el festival, un concierto entero, con un cuarteto. El primero que le dan. Me dio su billete, y su concierto con él. En las fotos tenemos la misma cara, casi. Y tocamos igual, bueno, ella toca mejor.

VERA. Usted sabía que su pasaporte no estaba en la maleta. Entonces, ¿para qué bajar?

MILA. Para ganar diez minutos. Para pensar cómo decírselo.

DIANE. Comisaria. Hago su trabajo un segundo, usted me perdonará. Sale del bar en el mismo minuto que el registro. Duerme al lado del camarote. Le

miente sobre su nombre, y luego sobre su pasaporte. Y vuelve con un ruido que nadie más ha oído.

MILA. Yo no he registrado nada.

DIANE. No he dicho eso. He dicho lo que diría un gendarme a las siete.

VERA. No acuso a nadie antes de tenerlo todo. Pero tomo nota.

ODETTE. Yo también.

(Odette escribe.)

ODETTE. Las dos y treinta y uno. «Lo que diría un gendarme.»

ESCENA 2: EL BOLSO DE ODETTE

(Las dos y cuarenta. Entra Claire, seguida de Bruno, que se ha puesto una chaqueta encima del albornoz.)

CLAIRE. El registro de las cerraduras. Antes de tu visita, el 6012 se abrió tres veces esta noche. A las diez, para abrir la cama. A la una y diez, yo. Y a la una y cincuenta y siete.

VERA. ¿Con qué tarjeta?

CLAIRE. La tarjeta maestra número 14.

(Todos se vuelven hacia Tiago.)

TIAGO. A la una y cincuenta y siete yo estaba con usted. Subíamos a la cubierta 7.

VERA. Ya lo sé. Ese es justo el problema. ¿Dónde está tu tarjeta, Tiago?

TIAGO. Ya no la tengo.

VERA. ¿Desde cuándo?

TIAGO. Desde medianoche. La dejé en la barra para contar el cambio de un cliente. Me di la vuelta, y ya no estaba. Pensé que se había caído detrás. La busqué. Pensé que la encontraría antes de que nadie se enterara.

DIANE. Comisaria, hay una forma sencilla de saberlo. Se vacían los bolsillos. Los bolsos. Todo el mundo, aquí, ahora. Yo la primera.

(Diane vacía sus bolsillos sobre la mesa: un pañuelo, una caja de pastillas, un frasquito de gotas, la tarjeta de su camarote.)

BRUNO. Yo no vacío nada. Soy el director de esta compañía.

CLAIRE. Entonces será el director con los bolsillos vacíos, señor.

(Uno tras otro, vacían bolsillos y bolsos sobre las mesas. Marco, un mechero y las llaves del camión. Charlie, la cámara de fotos, una libreta, un cargador. Mila, una caja de colofonia y un tarro de miel. Joseph, un pañuelo doblado y una tapa pequeña de metal, que vuelve a guardarse enseguida en el bolsillo. Bruno, un estuche de puros. Odette no se mueve.)

VERA. ¿Señora?

ODETTE. Mi bolso es mi bolso.

VERA. Esta noche, su bolso es el mío.

(Odette deja el bolso sobre la mesa. Vera lo abre y saca, uno por uno: terrones de azúcar, una cucharilla del restaurante, dos mecheros, un pasador de niña, un bolígrafo con el logotipo de Azur Levant, un teléfono con funda verde. Y una tarjeta blanca, con un número.)

TIAGO. ¡Mi tarjeta! Es la 14.

VERA. ¿Y esto de quién es?

INÈS. Es suyo. De la señora. La funda verde, como el abrigo. Se lo vi en el restaurante.

VERA. Doña Odette.

ODETTE. La tarjeta la recogí debajo de la banqueta. Ahí. A las dos y cuarto, cuando me levanté a estirar las piernas. Estaba en el suelo, justo debajo del estuche del violonchelo. La señora Diane a un lado, la violonchelista al otro. La cogí.

MILA. No es mía.

DIANE. Mía tampoco.

ODETTE. Nadie dice nunca que algo es suyo.

VERA. ¿Y el teléfono?

ODETTE. En el banco de la cubierta 7, cerca de los botes. Estaba ahí, solo. Hacia la una menos diez. Doy una vuelta por la cubierta todas las noches, a esa hora, por las piernas.

VERA. Usted estaba en la cubierta 7 a la una menos diez. Y no lo ha dicho.

ODETTE. No me lo ha preguntado. Me ha pedido que apuntara.

VERA. ¿Y el abrigo, en la barandilla, lo vio?

ODETTE. Lo vi. Un abrigo no cabe en un bolso.

JOSEPH. Y el pasador es el de Inès. Lo está buscando desde Marsella.

(Inès recupera su pasador.)

ODETTE. Yo recojo. Desde siempre. Las cosas que la gente deja atrás. No las robo: las guardo. Alguien que se olvida un mechero es que ya no lo quería de verdad. Mi marido decía que yo tenía alma de secretaria judicial: guardo las piezas de convicción.

VERA. ¿Y las devuelve?

ODETTE. Nadie me las pide.

(Vera pulsa el teléfono. La pantalla se enciende.)

VERA. Bloqueado. Diecisiete llamadas perdidas, somos nosotros. Y un mensaje, que entró por el wifi de a bordo a las doce y media. No se ha leído.

CLAIRE. ¿De quién?

VERA. «C.» Solo una letra. «La veo. Me quedo lejos. Bastia, a las nueve, como quedamos.»

(Un tiempo.)

MARCO. «La veo.»

INÈS. Qué horror.

CLAIRE. No me miren. Mi nombre empieza por C, ya lo sé. No tengo su número.

VERA. ¿Quién más, aquí, empieza por C?

(Todos se vuelven hacia Charlie.)

CHARLIE. ¿Puedo ver el teléfono?

VERA. No.

CHARLIE. Entonces, por ahora, no tengo nada que decir.

VERA. «Por ahora.» Odette, ¿lo apunta?

ODETTE. Las dos y cuarenta y ocho. «Por ahora.»

ESCENA 3: EL CAMIÓN

(Las tres menos diez. Vera se ha sentado frente a Charlie.)

VERA. Usted estaba en la cubierta 7 desde las doce y media, ha dicho.

CHARLIE. Sí.

VERA. ¿Y antes?

CHARLIE. Antes también. A ratos. Le voy a decir una cosa que sé, mientras espero a poder decirle las que no puedo decir. A las once, ella no estaba sola allí arriba. Hablaba con alguien, en lo alto de la escalera que baja al garaje. Se gritaban un poco.

VERA. ¿Con quién?

CHARLIE. Con él.

(Charlie señala a Marco.)

MARCO. Yo me fumé un cigarrillo en la cubierta 5.

CHARLIE. Con una gorra roja que pone «Transports Rinaldi». No hay dos en el barco.

(Marco se quita la gorra y la deja sobre la mesa.)

VERA. Marco.

MARCO. Me vio en la cena. Mi gorra, las llaves del camión. Me siguió arriba. Me preguntó si podía esconderla en la cabina del camión, detrás, en la litera, para bajar en Bastia. Me daba quinientos euros. En efectivo, en el momento.

VERA. Para bajar sin pasar por la pasarela.

MARCO. Sin que nadie la viera bajar. Eso dijo. «Si bajo por la pasarela, no bajo.» Pensé que estaba loca. O que había robado algo.

BRUNO. A lo mejor había robado algo.

VERA. Usted le dijo que no.

MARCO. Le dije que no. En el puerto pasan los camiones por el detector. Una persona en una cabina es mi carné, es mi jefe, son treinta años de carretera a la basura. Tengo dos críos. Así que le dije que no.

VERA. Y hubo gritos.

MARCO. Insistió. Me agarró del brazo. Le dije que se fuera a llorar a otra parte, que yo no era el Ejército de Salvación. La dejé ahí.

CHARLIE. Ella se quedó mucho rato apoyada en la barandilla, después. Sin

moverse.

MARCO. No he mentido por mí, comisaria. Bueno, sí. Una hora después, su abrigo estaba en la barandilla. Y lo último que le dijeron en este barco a lo mejor se lo dije yo. «Váyase a llorar a otra parte.»

VERA. ¿Y a las dos? ¿Su cigarrillo, en la cubierta 5?

MARCO. Me lo fumé.

TIAGO. La comisaria pasó a propósito por la cubierta 5 a las dos y cinco, bajando de la 7. No había nadie en la zona de fumadores.

MARCO. Yo fumaba más lejos.

VERA. Más lejos, en la cubierta 5, está el mar.

MARCO. Pues fumaba encima del mar. No voy a decir nada más.

(Marco se vuelve a poner la gorra. Un tiempo. Nadie habla.)

DIANE. Quería desaparecer. No encontró camión. Así que encontró otra manera.

VERA. O alguien le encontró otra manera.

DIANE. Tiene usted una nota de amenaza y una mujer que le suplica a un camionero que la esconda. Eso es una mujer con miedo. La gente con miedo salta.

VERA. La gente con miedo se esconde.

ODETTE. «Se esconde.»

ESCENA 4: DOS GOLPES EN EL AGUA

(Las tres menos cinco. Vera se detiene delante de Joseph.)

VERA. Señor. Hace un rato, cuando vació los bolsillos, había una tapa. De metal.

JOSEPH. Es un recuerdo.

VERA. ¿Puedo verla?

INÈS. Él no ha hecho nada.

VERA. No he dicho que haya hecho nada.

INÈS. Lo mira como si lo hubiera hecho.

(Joseph saca la tapa del bolsillo. Una tapa de latón, redonda, grabada.)

VERA. «Lucienne.»

JOSEPH. Mi mujer. Cuarenta y nueve años casados. Murió en febrero.

INÈS. Abuelo, no tienes por qué.

JOSEPH. Sí, mi niña. Hay una mujer que a lo mejor está en el agua, y yo he tirado algo al agua. Así que tengo que hacerlo. Lucienne quería el mar. Ni la isla ni Marsella: entre las dos. Lo dijo cien veces. «Me echáis en medio, y así no tengo que elegir.» Nuestra hija compró un sitio en el cementerio del pueblo. Un sitio bonito, contra la tapia, al sol. Mandó grabar la lápida. Y yo se lo prometí a las dos.

VERA. Ha esparcido las cenizas.

JOSEPH. Por encima de la barandilla, cerca del bote número 4. El viento se las llevó enseguida. Se habría reído. Y la urna, no podía devolvérsela vacía a mi hija. Así que la tiré también. La tapa la tenía en la mano, no me acordé de ella.

CHARLIE. El segundo golpe en el agua. El pequeño.

JOSEPH. A qué hora, no lo sé.

INÈS. A la una menos trece.

(Todos la miran.)

INÈS. Te vi, abuelo. Estaba grabando el mar, por la luna en el agua. Y tú salías en la imagen, muy pequeñito, al fondo. Levantaste los brazos y tiraste algo. Pensé que habías hecho una tontería. Una de verdad. Así que mentí. Después encontré el abrigo, y me dio miedo que hubieras sido tú.

JOSEPH. ¿Que hubiera sido yo qué?

INÈS. No sé. No sabía lo que estabas tirando.

(Inès le tiende el teléfono a Vera. Vera mira el vídeo.)

VERA. La una menos trece. El abrigo ya está en el pasamanos. No hay nadie al lado.

CHARLIE. Entonces ella ya no estaba.

INÈS. Mamá te va a matar.

JOSEPH. Tu madre tendrá su tumba. Tu abuela tiene el mar. Cada una la suya.

INÈS. ¿Y en la tumba qué ponemos?

JOSEPH. Esto. Ya es un trozo de ella. Siempre la enroscaba demasiado fuerte.

(Vera le devuelve la tapa a Joseph.)

VERA. Un golpe en el agua es usted. El pequeño. ¿Y el grande, el primero? Más pesado, ha dicho usted.

CHARLIE. Mucho más pesado.

VERA. Una maleta roja, con ruedas. O una mujer.

(Oscuro.)

ACTO III: LAS TRES

ESCENA 1: LOS INFORMES

(Las tres. Claire vuelve del puente, con Bruno detrás. Marco arrastra una silla para sentarse; dos pitidos ahogados se pierden bajo el chirrido. Claire lleva al cuello el mismo cordón que Vera, con la misma llavecita roja.)

VERA. Claire. La cubierta 7 de popa tiene una cámara. Quiero las imágenes de la una menos cuarto.

CLAIRE. No hay imágenes.

VERA. ¿Por qué?

CLAIRE. Porque la cámara de la cubierta 7 de popa lleva tres semanas averiada. Hice un informe el primer día. Otro a la semana. Un tercero. Un cuarto el lunes, con la palabra «urgente» en rojo. Respuesta de la sede: no hay presupuesto hasta que acabe la temporada. Los he guardado todos, aquí.

(Claire enseña la llave roja que lleva al cuello.)

CLAIRE. La llave que la compañía da a cada oficial. Vera tiene la misma. Todo el mundo tiene la misma. Nadie lee lo que lleva dentro.

BRUNO. Ese no es el tema.

CLAIRE. Hay una mujer a la que a lo mejor han empujado delante de una cámara que no graba. Ese es exactamente el tema.

BRUNO. Está hablando con el director de operaciones, capitana.

CLAIRE. Primera oficial. Y a la una y cincuenta y siete, el director de operaciones estaba en el puente, conmigo, al teléfono por satélite. De la una y cincuenta a las dos y veinte. Estuvo gritando todo el rato. El capitán tuvo que salir.

VERA. Entonces usted no abrió el camarote 6012.

BRUNO. Ya se lo había dicho.

VERA. Me había dicho muchas cosas. Charlie. El mensaje. «La veo.»

CHARLIE. Soy yo. Envié ese mensaje a las doce y media.

MARCO. Lo sabía.

CHARLIE. Escribo para un diario de Bastia. Hace tres meses, una contable de la sede de Azur Levant me escribió. No firmaba. Había encontrado unas facturas. Una inspección de los pescantes del Calanca, pagada, sellada, certificada. Y nunca hecha. Nunca vino nadie. Los certificados se firmaron igualmente.

ODETTE. Los pescantes.

INÈS. Los brazos de hierro. Los de los botes. Les hacía fotos.

CHARLIE. Quería fotos recientes. Lo demás me lo traía a Bastia: las facturas, los certificados, los correos. Todo en una llave USB. Cita a las nueve, en un café del puerto viejo. Nunca nos habíamos hablado, solo por escrito. Solo me había escrito una cosa: «Llevaré un abrigo verde.» Así que tomé el mismo barco que ella, sin decírselo, y toda la noche seguí a un abrigo verde. De lejos.

VERA. De muy lejos. Lo bastante lejos para oírla gritar y volver a su camarote.

CHARLIE. Yo no vi nada. Estaba al otro lado de la chimenea. Si hubiera estado a su lado, ¿cree que habría enviado ese mensaje?

VERA. ¿Y a las dos, su cargador?

CHARLIE. Estaba en mi camarote, en la cubierta 5. Le escribía a mi redacción que mi fuente a lo mejor había desaparecido.

VERA. Nadie puede confirmarlo.

CHARLIE. El wifi de a bordo, quizá. Mi teléfono estaba conectado.

CLAIRE. Puedo pedirlo al puente.

VERA. Luego.

MARCO. Un momento. Los botes que no aguantan, ¿son de este barco?

CLAIRE. De este barco.

MARCO. Estamos encima. Aquí. Ahora.

ODETTE. Hago la travesía todos los meses desde hace nueve años.

BRUNO. Eso es difamación. Este barco tiene todos sus certificados.

CLAIRE. El 14 de marzo, en el simulacro de evacuación, el cable del pescante del bote 4 se soltó. El bote cayó desde dos metros, con un marinero dentro. Pierna rota por tres sitios. Yo era la oficial a cargo del simulacro.

(Sam deja un vaso en la barra, un poco fuerte.)

BRUNO. Un incidente. Ya se trató.

CLAIRE. El informe del simulacro dice «conforme».

(Vera se calla. Sam la mira.)

ESCENA 2: EL PURO

(Las tres y cuarto. Vera y Bruno, frente a frente, en una mesa. Los demás se han quedado en sus sitios.)

VERA. Contable. Puro. Cubierta Prestige. Usted la conocía.

BRUNO. La reconocí en la cena. Por la voz. Le pidió un té con limón al camarero, y reconocí la voz. Me la había cruzado en la sede, dos o tres veces, en el comedor. En la sede era morena. Con el pelo rojo, de lejos no la habría reconocido.

VERA. Y subió a verla a la cubierta 7.

BRUNO. La sede sabía que había una filtración en contabilidad. No sabíamos quién. Cuando la vi en este barco, disfrazada, haciendo fotos a los pescantes, lo entendí. Subí. Me fumé un puro a su lado. Le hablé.

VERA. ¿Y qué le dijo?

BRUNO. Que todo tenía arreglo. Que a lo mejor se había equivocado con las cifras. Que había un puesto libre, en la agencia de Bastia, con piso de empresa, vistas al mar. Que nos olvidaríamos de esa historia de la filtración.

CHARLIE. Le propuso pagarle.

BRUNO. Le propuse un ascenso. No es lo mismo.

VERA. ¿Y ella?

BRUNO. Me miró. Me dijo: «Tiene usted cara de hombre que nunca duerme en el mar.» Y me dio la espalda. Volví a bajar. Era la una menos veinte. Estaba viva, apoyada en la barandilla, con su abrigo puesto.

VERA. ¿Y la nota bajo su puerta, a las diez y media? ¿En el papel de su cubierta?

BRUNO. Yo no escribo amenazas, comisaria. Para eso tengo abogados.

(Un tiempo.)

DIANE. Los abogados rara vez escriben en el papel de la cubierta Prestige.

BRUNO. ¿Y usted, señora, quién es, exactamente? Estaba en la cena, estaba en la barra, está en todas partes.

DIANE. Una expolicía que no duerme. Desde la excedencia, enseño primeros auxilios a los equipos de las empresas. Méridien Conseil, de Marsella, me manda a formar a la gente de su agencia de Bastia. La cubierta Prestige es cosa suya, no mía. Siempre es menos grave que un director que compra a sus contables.

VERA. 8003. Reservado el lunes. Pagado por Méridien Conseil.

DIANE. ¿Lo ve? No le miento.

VERA. Usted estaba dispuesto a todo, señor, con tal de que no bajara en Bastia con lo que tenía.

BRUNO. Estaba dispuesto a darle un piso. No a tirarla al agua. No soy un asesino. Soy un hombre que ha firmado papeles que no debería haber firmado. No es lo mismo.

SAM. Para Nico, es lo mismo.

BRUNO. ¿Quién es Nico?

SAM. El marinero del bote 4.

(Nadie habla.)

ESCENA 3: LA RECONSTRUCCIÓN

(Las tres y veinticinco. Diane se ha levantado. Aparta dos sillas.)

DIANE. Comisaria. No tenemos ni imágenes ni un testigo que lo haya visto todo. Así que rehacemos la cubierta 7. Aquí. Cada uno donde estaba, al minuto. En la criminal lo llamábamos hacer andar a los muertos.

VERA. No está muerta.

DIANE. No lo sabemos. Razón de más.

VERA. Adelante. Yo miro.

DIANE. La barra es la barandilla de popa. Las mesas son los botes. El pilar es la chimenea. La puerta acristalada es la escalera principal. ¿Charlie?

CHARLIE. Las doce y media, llego por la escalera principal. Me pongo ahí, contra la chimenea.

(Charlie va a apoyarse en el pilar.)

DIANE. Señor director. Su puro.

BRUNO. Yo no juego a esto.

CLAIRE. Jugará delante de los gendarmes. Mejor ir ensayando.

(Bruno va a colocarse junto a una mesa.)

BRUNO. La una menos veinticinco. Fumo. Ella está ahí, en la barandilla. Le hablo. A la una menos veinte, vuelvo a bajar por la escalera principal.

ODETTE. Es verdad. Me lo crucé en la escalera principal, a la una menos veinte, cuando subía a dar mi vuelta. Tardo diez minutos en subir, con mis piernas. Iba en albornoz, con el puro apagado. Me dijo «buenas noches, señora» como quien dice «adiós».

DIANE. Hace falta alguien que haga de ella. Para el abrigo.

INÈS. Yo.

JOSEPH. Inès.

INÈS. Lo he traído hasta aquí, abuelo. Sé cómo cae.

(Inès se pone el abrigo verde. Le queda demasiado grande. Va a apoyarse en la barra.)

DIANE. La una menos veinte, ella está sola en la barandilla. Charlie, ¿la ve?

CHARLIE. La veo. Luego doy la vuelta a la chimenea, y ya no la veo.

(Charlie pasa detrás del pilar.)

DIANE. La una menos cuarto.

INÈS. ¿Grito?

VERA. No. Ya hemos tenido bastantes gritos por esta noche.

CHARLIE. Un grito. Un golpe en el agua. El grande.

DIANE. La una menos trece. Señor Joseph.

JOSEPH. Llego por la escalera de proa, por allí. Voy al bote 4. No miro a nadie. Llevo a Lucienne en brazos.

(Joseph va junto a una mesa, al otro lado. Levanta los brazos, despacio, como si tirara algo.)

CHARLIE. El golpe pequeño.

VERA. ¿Vio usted el abrigo, en ese momento?

JOSEPH. Vi algo verde, en el pasamanos, al fondo. Creí que era un salvavidas.

DIANE. La una menos diez. Doña Odette.

ODETTE. La escalera principal. El banco. El teléfono. Lo cojo, vuelvo a bajar.

(Odette cruza, hace el gesto de recoger algo, vuelve hacia la puerta acristalada.)

DIANE. La una menos cinco, la chica. Y a la una, todo el mundo aquí.

(Inès se quita el abrigo y lo deja, doblado, sobre la barra. Nadie habla.)

MARCO. ¿Y ella? ¿Entre el grito y el abrigo solo? ¿Adónde va?

CHARLIE. Por la escalera principal no. Odette estaba llegando. Por proa tampoco. Joseph estaba llegando.

DIANE. Entonces, o está en el agua, o hay una tercera puerta.

TIAGO. Está la escalera de servicio. Detrás del bote 6, al fondo del todo. No se ve, la tapa un cofre de chalecos salvavidas.

VERA. ¿Adónde baja?

TIAGO. A la cubierta 6, al pasillo de la tripulación. La lavandería, la parte de atrás de la cocina, y la puerta trasera de este almacén.

SAM. Esa está condenada desde hace dos años. Hay un carro de ropa delante.

TIAGO. Ayer aparté el carro, para pasar.

SAM. Y lo volviste a poner.

TIAGO. Creo.

(Diane mira la puerta del almacén. Luego a Sam.)

DIANE. Y durante todo ese tiempo, yo estaba aquí, con mi infusión. Sam lo puede decir.

SAM. La señora no salió de este bar entre las doce y la una. La barra, y luego la banqueta.

DIANE. ¿Lo ve? En este bar hay por lo menos una persona que no estaba en la cubierta 7.

ODETTE. Las tres y treinta y dos. «Por lo menos una persona.»

ESCENA 4: SI BEMOL

(Las tres y treinta y cinco. Bruno se ha vuelto hacia Tiago.)

BRUNO. Y usted. Una tarjeta maestra, dejada en la barra de un bar, en medio de los pasajeros. ¿Sabe lo que es eso, según el reglamento?

TIAGO. Una falta grave.

BRUNO. Es usted temporero. No va a acabar la temporada.

TIAGO. Vale.

BRUNO. ¿Cómo que vale?

TIAGO. Vale, no acabaré la temporada. Pero ¿quiere saber quién estaba en la barra a medianoche, cuando la dejé? Se lo voy a decir, ya que nadie me lo pregunta. Estaba usted, señor, con el coñac añejo. La señora Diane, con su infusión. Marco, con su cerveza. Y la señorita del violonchelo, que esperaba su agua caliente. Me di la vuelta para darle el cambio a una mesa, me volví otra vez, y ya no había tarjeta.

SAM. Es verdad. Eran cuatro. Codo con codo.

MARCO. Yo ni sé cómo es una tarjeta maestra. Pensé que era una tarjeta de

puntos.

BRUNO. Yo no he tocado su tarjeta.

MILA. Yo tampoco.

DIANE. Yo tampoco. Pero entiendo que haga la pregunta. En su lugar, se la haría a los cuatro.

VERA. Se la hago a los cuatro. Y tengo cuatro respuestas que dicen que no.

(A lo lejos, una sirena de barco, larga. Otro barco se cruza con el Calanca en la noche.)

MILA. Si bemol.

INÈS. ¿Qué?

MILA. La sirena. Un si bemol, un poco bajo. Perdón. Me sale solo.

INÈS. ¿Oyes las notas, así, sin más?

MILA. Todo. Los vasos, los timbres, las puertas que chirrían. El motor de este barco da un la desde Marsella, un poco bajo, también. Es el oído absoluto. Mi hermana dice que es una enfermedad.

(Inès coge una cucharilla y golpea un vaso de la barra. Saca su teléfono.)

INÈS. Tengo una app de afinador. Para la guitarra que nunca aprendí a tocar. Venga.

MILA. Do. Un poco alto.

INÈS. Do. Un poco alto.

(Inès golpea otro vaso.)

MILA. Sol sostenido.

INÈS. Sol sostenido. Qué fuerte.

JOSEPH. A Lucienne le habría gustado esto. Cantaba desafinando, lo sabía, y cantaba igual.

DIANE. Un oído absoluto. Qué práctico. Oye lo que nadie oye, y nadie puede comprobarlo. Comisaria, lo pongo junto a lo demás: estaba en la barra a medianoche, al lado de la tarjeta, y la tarjeta aparece debajo de su estuche.

MILA. ¿Y qué iba a buscar yo en ese camarote? No la conozco. Ni siquiera sé

lo que se llevó. Lo único que me he llevado yo esta noche es el billete de mi hermana.

DIANE. Es lo que diría yo, en su lugar.

MILA. Usted se pone mucho en el lugar de los demás.

VERA. Basta. En este bar no se acusa a nadie hasta que yo lo tenga todo.

BRUNO. A mí me acusan desde hace hora y media.

VERA. Usted, señor, es distinto. A usted ya le conocemos.

ESCENA 5: TRES TERRONES

(Las cuatro menos cuarto. Vera se vuelve hacia Tiago.)

VERA. Tiago. Tráeme hielo. Para doña Odette, que le duelen las piernas.

ODETTE. Yo nunca he dicho eso.

VERA. Lo dirá.

ODETTE. Me duelen las piernas.

(Tiago pasa detrás de la barra y va hacia la puerta del almacén. Sam se pone delante.)

SAM. La máquina de hielo está averiada.

TIAGO. A medianoche funcionaba. Cogí hielo para el coñac del señor.

SAM. Se ha averiado después.

TIAGO. ¿Y los bocadillos? Faltan dos en la vitrina. Atún y pollo. Tú siempre los cuentas, Sam, uno por uno, ayer al cerrar me los hiciste contar tres veces.

SAM. Me los he comido.

TIAGO. ¿Los dos?

SAM. Es una noche larga.

(Sam llena el hervidor, pone una bolsita en una taza, corta una rodaja de limón con el cuchillito del bar. Inès sigue cada gesto. Sam echa un terrón. Luego otro. Luego un tercero.)

ODETTE. Usted me dijo que nunca endulzaba.

SAM. ¿Perdón?

ODETTE. La una menos dos. «Yo nunca endulzo. Ni el café, ni la vida.»

SAM. Esta noche necesito azúcar.

INÈS. Tres terrones y limón. Como ella.

(Sam deja la taza en la barra y ya no la toca. Diane se ha levantado. Despliega un plano de evacuación que ha descolgado de la pared.)

DIANE. Comisaria. Usted misma lo ha dicho: la gente con miedo se esconde. Quiso esconderse en un camión. Si no ha saltado, está en algún sitio de este barco. Herida, quizá. Hay que encontrarla viva, y ahora.

VERA. Hace dos horas, usted decía que había saltado.

DIANE. Hace dos horas no sabía que le había suplicado a un camionero que la escondiera. Cambio de opinión cuando cambian los hechos. Era mi oficio.

CLAIRE. La tripulación ya lo ha abierto todo.

DIANE. La tripulación buscaba un cuerpo. Yo busco a alguien que no quiere que lo encuentren. No se busca igual. Y empezamos por aquí. Por este almacén. La escalera de servicio baja hasta aquí, lo acaba de decir el muchacho.

BRUNO. Por una vez, estoy de acuerdo con la señora.

SAM. Lo he registrado yo. En persona. A la una y diez.

DIANE. Justamente. Lo ha registrado usted, y nadie más.

SAM. Es mi bar.

CLAIRE. Es el barco del capitán, Sam. En un barco nada es de nadie.

MILA. ¿Y si está ahí, y no quiere que abramos?

DIANE. Entonces necesita todavía más que abramos.

(Mientras hablan, Inès se ha colado detrás de la barra. Coge la taza de té. Sam mira a Diane y no ve a Inès.)

SAM. Nadie abre mi almacén sin una orden de la comisaria.

VERA. Nadie sale de aquí sin mí, y nadie abre nada sin mí.

DIANE. Pues dé la orden. Son casi las cuatro.

(Inès empuja la puerta del almacén. Sam se vuelve.)

SAM. ¡Inès, no!

(La puerta se abre. En el almacén, entre los barriles y las cajas de cartón, hay una mujer sentada en el suelo, envuelta en una manta del bar, con el pelo moreno suelto y la mano izquierda envuelta en un trapo. Solo lleva un zapato. Mira a Inès, y luego la taza.)

INÈS. Es para usted. Tres terrones.

(Todo el bar se ha puesto de pie.)

ALMA. Cierren la puerta.

(Nadie se mueve. Oscuro.)

ACTO IV: LAS CUATRO

ESCENA 1: LA DESAPARECIDA

(Las cuatro. Alma está sentada en un taburete al final de la barra, con la manta sobre los hombros y la taza entre las manos. Los demás se mantienen a distancia, de pie. Sam está a su lado. Claire tiene la radio en la mano.)

VERA. Claire. El puente. Ahora mismo.

CLAIRE. Puente, aquí Claire. La pasajera del 6012 está a bordo. Viva.

Repito: viva, a bordo. Avisen al centro de salvamento, que hagan volver al helicóptero.

(Un chisporroteo. Una voz lejana responde. Bajo el chisporroteo, dos pitidos ahogados. El reloj de pared marca las cuatro. Claire baja la radio.)

VERA. Hay un helicóptero sobre el agua negra desde hace tres horas. Cuatro personas dentro, asomadas con proyectores a un mar a quince grados. Una patrullera. Un capitán que ha dado media vuelta con mil pasajeros. Por una mujer que se comía un bocadillo de atún en mi almacén.

ALMA. De pollo. El de atún era para Sam.

VERA. No me hace ninguna gracia.

ALMA. A mí tampoco. Nadie tenía que dar media vuelta.

CLAIRE. Siempre se da media vuelta. Es la única ley del mar que conoce todo el mundo.

ALMA. Soy contable. Conozco sobre todo las leyes que no se cumplen.

VERA. Cuente.

ALMA. A las diez y media, alguien deslizó un papel por debajo de mi puerta. Ya lo ha leído. Yo lo leí diez veces. Quería decir: alguien, en este barco, sabe quién soy, sabe lo que tengo y sabe que bajo en Bastia. Yo no sabía quién. Sigo sin saberlo.

VERA. Tenía que haber venido a verme.

ALMA. Usted es la comisaria de a bordo de Azur Levant. El capitán es Azur Levant. Los certificados que llevo los firmó Azur Levant. No sabía con quién hablar, en este barco, sin hablar con la compañía.

VERA. Así que fue a ver a un camionero.

ALMA. Me dijo que no. Tenía razón.

MARCO. No tenía razón.

ALMA. Después vine aquí. Sam había escrito a la sede hace seis meses. Su hermano, marinero del Calanca, decía que nunca venía nadie a inspeccionar los pescantes. Una carta archivada sin respuesta, en el fondo de una caja del archivo. Leyéndola empecé a buscar. Solo nos conocíamos por escrito. Entré, pedí un té, dije mi nombre en voz muy baja.

SAM. Me enseñó la nota. Tuvimos media hora para inventar algo.

VERA. ¿Inventar qué?

ALMA. Que estaba muerta. Pero al amanecer. A las seis, la tripulación baldea la cubierta 7 con la manguera. Habrían encontrado el abrigo y el zapato llegando ya a Bastia. Tenía que dejarlo todo a las cuatro, cuando la cubierta está vacía. Y a la una menos veinticinco, el director vino a fumar a mi lado y me llamó por mi nombre. Creí que la nota era suya. No esperé. Sin media vuelta: el barco en el muelle, se cuenta a los pasajeros en la pasarela, falta una, se busca en el agua, detrás de nosotros. Quien escribió la nota me cree en el fondo del mar con la llave. Deja de buscar. Y yo bajo por la pasarela de servicio, con una chaqueta del bar, con Sam.

INÈS. ¿Y el grito?

ALMA. No estaba previsto. Había subido la maleta a medianoche y la había escondido en el cofre de los chalecos, detrás del bote 6. Mi ropa, mis papeles, todo lo que se podía leer en mi camarote, y dos botellas de agua para que se hundiera. Al pasarla por encima del pasamanos, me aplastó la mano. Grité. Luego el abrigo, el zapato, el teléfono en el banco. Y la escalera de servicio, a la pata coja.

INÈS. Y yo encontré el abrigo a la una menos cinco.

ALMA. Cinco horas antes de tiempo.

ODETTE. Yo no podía saber que alguien saltaba sin saltar.

ALMA. Yo no podía saber que alguien recogía los teléfonos.

CLAIRE. Y tú, Sam. Descolgaste ese teléfono sabiendo que ella estaba detrás de tu puerta.

SAM. La chica estaba delante de mí, con el abrigo en brazos. Si yo decía «no es nada», se lo iba a contar a otra persona, y en un cuarto de hora abrían mi almacén. Así que llamé. Y cuando el barco se inclinó, supe lo que acababa de hacer.

CLAIRE. Cuatro personas en un helicóptero, a cincuenta metros del agua, de noche. Tú sabes lo que es eso.

SAM. Lo sé. Nico me contó lo del bote que cae. A las dos quise decirlo. Ella me enseñó la nota por segunda vez. Volví a coger el trapo.

VERA. ¿Y su pelo?

ALMA. Una peluca. Comprada en el mercado de Noailles. En la sede siempre me han visto morena. No quería que me reconocieran en el muelle. No sirvió de nada: me reconoció por la voz.

BRUNO. Yo no escribí esa nota.

ALMA. Usted me ofreció un piso con vistas al mar. Normalmente, la gente que ofrece un piso no escribe amenazas dos horas antes. Normalmente.

VERA. Alguien registró su camarote. A las dos menos tres. Con la tarjeta de Tiago.

ALMA. Buscaba la llave. O me buscaba a mí.

VERA. Allí no estaba.

(Alma saca un cordón de debajo del jersey. En la punta, una llavecita roja, igual que las de Vera y Claire.)

ALMA. La compañía da una a cada uno, también en la sede. Esta no se ha separado nunca de mi cuello. Ni en el almacén. Ni cuando grité.

ESCENA 2: NADIE SALE

(Las cuatro y media. Bruno se ha puesto bien la chaqueta.)

BRUNO. Bien. La señorita Ferri es empleada de la compañía. Acaba de movilizar un helicóptero para nada. La tomo bajo mi responsabilidad. Mi camarote, puerta cerrada, hasta Bastia. Y la llave se queda con ella, yo no la toco.

ALMA. No.

DIANE. Con él no, evidentemente. Comisaria, me la llevo al mío. Sé vigilar a alguien. No entra nadie, no sale nadie, y se la entrego a las siete, en el muelle, a los gendarmes.

ALMA. Tampoco.

DIANE. ¿Prefiere quedarse en medio de todo el mundo, con quien le escribió esa nota?

ALMA. Prefiero quedarme en medio de todo el mundo. Así, quien me la escribió también está en medio de todo el mundo.

VERA. Tiene razón. Nadie sale. Ni ella, ni usted, ni yo. Nos quedamos aquí hasta las siete. Trece personas mirándose son la mejor cerradura del barco.

CHARLIE. ¿Puedo hablar con ella?

VERA. Delante de todo el mundo.

CHARLIE. Soy yo. «C.» El café del puerto viejo, a las nueve.

ALMA. Eso lo puede decir cualquiera. Todo el mundo ha leído el mensaje de mi teléfono.

CHARLIE. Su primer correo. El cuatro de febrero, a las veintitrés doce. Sin saludo. «Yo cuento cifras, no muertos. Por ahora.»

(Un tiempo.)

ALMA. Es usted. Entonces era usted quien estaba al otro lado de la chimenea. Me oyó gritar. Y volvió a su camarote.

CHARLIE. Sí.

ALMA. ¿Por qué?

CHARLIE. Porque si iba a mirar, y alguien me veía en la barandilla, al lado de su abrigo, se acababa todo. Para el artículo, para usted, para mí. Me dije: si es grave, otra persona dará la alarma. Es lo que se dice todo el mundo. Esa frase la he escrito cien veces, en artículos sobre los demás. Esta noche la he dicho yo.

ALMA. Y fue una chiquilla de quince años quien la dio, la alarma.

CHARLIE. Lo sé.

(Un tiempo. Charlie se vuelve hacia Inès, que no dice nada.)

CHARLIE. Deme la llave ahora. La pongo a salvo, la copio, y pase lo que pase a las siete, el artículo sale.

ALMA. A las nueve, en el café del puerto viejo. Como habíamos quedado. Ya no cambio nada de lo que estaba previsto.

(Sam se acerca a Vera.)

SAM. ¿Quieres saber por qué no te he dicho nada esta noche? ¿Por qué he escondido a una mujer en tu almacén, delante de tus narices, durante tres horas?

VERA. Me lo vas a decir.

SAM. Porque tú firmaste. El 14 de marzo. Claire escribió la verdad: el cable, el bote, la caída, la pierna de Nico. Y al pie de otro informe, el que se mandó a la sede, pone «simulacro conforme». Con tu firma.

(Silencio. Todos miran a Vera.)

CLAIRE. Lo vi en la pantalla, en abril. No dije nada.

VERA. Al día siguiente del simulacro, me llamaron de la sede. Me dijeron que el informe de Claire le iba a costar la temporada al Calanca. Las inspecciones, la inmovilización, trescientos empleos a bordo y en el muelle. Cambiarían el cable discretamente, en junio. Reescribí el informe. Lo firmé. Nico tuvo su accidente laboral. Yo, mi prima de fin de año.

BRUNO. Vera, no es el momento.

VERA. Sí. Es exactamente el momento. Usted quería que habláramos del cable más tarde, en la sede. Hablamos aquí, a las cuatro y media de la madrugada, con la gente que va en el barco.

CLAIRE. El cable no se ha cambiado.

VERA. Lo sé. Así que esta noche, Sam, tú y yo le hemos mentado al mismo barco.

SAM. Yo, desde hace tres horas. Tú, desde hace dos meses.

VERA. Sé contar.

ALMA. Su nombre está en mi llave, comisaria. Página cuarenta y una.

VERA. Entonces iré a los gendarmes con mi nombre dentro.

(Odette escribe. Se detiene, relee, y sigue.)

ODETTE. Las cuatro y cuarenta. «Con mi nombre dentro.»

ACTO V: HASTA LAS SIETE

ESCENA 1: LAS CINCO

(Las cinco menos dos. El bar se ha ido apagando. Joseph dormita, con la cabeza contra el ojo de buey. Marco se ha puesto la gorra sobre los ojos. En la banqueta, Diane está sentada junto a Alma. Mila ha dejado la banqueta: ha llevado una silla al centro del bar, ha sacado el violonchelo del estuche y lo sostiene contra el cuerpo, sin tocar.)

DIANE. Ha tenido usted valor.

ALMA. He tenido miedo. De lejos, se parecen.

DIANE. ¿La espera alguien en Bastia? ¿Aparte del café del puerto viejo?

ALMA. Mi madre. Cree que voy por su cumpleaños.

DIANE. ¿Vive lejos del puerto?

ALMA. ¿Por qué?

DIANE. Por nada. Hablamos. Algo habrá que hablar, a las cinco de la mañana.

(Bruno se ha sentado frente a Charlie.)

BRUNO. ¿Cuánto?

CHARLIE. ¿Perdón?

BRUNO. Para que el artículo espere. Una semana. El tiempo de cambiar el cable, de rehacer los certificados, como es debido. No se muere nadie, nadie pierde su trabajo. ¿Cuánto?

CHARLIE. Ya lleva dos ascensos fallidos esta noche.

(Odette se ha sentado al lado de Joseph, que no duerme.)

ODETTE. Su mujer. ¿La tuvo mucho tiempo en casa, antes de tirarla?

JOSEPH. Tres meses. En el aparador. Le daba los buenos días por la mañana.

ODETTE. Yo a mi marido lo he tenido once años. En su caja, en el armario,

detrás de las sábanas. Quería la montaña. Nunca cogí el autocar.

JOSEPH. Once años.

ODETTE. Una se acostumbra a guardar. Después, ya no sabe devolver.

JOSEPH. Coja el autocar. Yo conduje autocares cuarenta años: a las señoras que llevan una caja siempre se las ayuda.

INÈS. ¿Podrías tocar algo?

MILA. ¿A las cinco de la mañana, en un barco, delante de gente que tiene miedo?

INÈS. Aquí nadie tiene miedo.

ODETTE. Yo sí.

MARCO. Yo también.

JOSEPH. Toca, niña. A Lucienne le gustaba el violonchelo. Decía que suena como alguien que habla en la habitación de al lado.

(Mila pone el arco sobre las cuerdas. Una nota, larga, grave, afinada con el motor. Desde el fondo de la banqueta, dos pitidos ahogados, una nota aguda, una nota grave. El reloj de pared marca las cinco. Mila se para en seco. Mira la banqueta.)

ODETTE. Una acaba cogiéndole cariño, a ese ruidito. Desde la una de la madrugada. Lo he apuntado cada vez.

(Mila deja el arco. Coge su partitura y va hacia Vera, junto a la barra.)

MILA. Comisaria. ¿Puedo enseñarle un pasaje? De la partitura. Necesito una opinión.

VERA. Yo no sé leer música.

MILA. No importa. Se lee con los oídos.

(Mila y Vera se inclinan sobre la partitura, junto al ojo de buey. Mila habla bajo. No se oye. Vera escucha sin levantar la vista. Luego se vuelve hacia Odette.)

VERA. Doña Odette. Su libreta.

ODETTE. Nadie lee mi libreta.

VERA. Nadie se la ha pedido nunca.

(Odette le tiende la libreta. Vera pasa las páginas, vuelve atrás, se detiene. Se la devuelve.)

ODETTE. ¿Ya está?

VERA. Es mucho.

(Vera habla bajo con Claire. Claire sale. Vera va a sentarse en la banqueta, al otro lado de Alma. Le habla bajo. Alma mete una mano debajo de la manta.)

DIANE. ¿Secretos, comisaria?

VERA. Instrucciones. Hasta las siete, sigo siendo la comisaria de a bordo.

ESCENA 2: LA CAJA

(Las cinco y cuarenta. Claire ha vuelto. Vera toma un café en la barra y le dice unas palabras a Sam, que nadie oye. Luego se levanta en medio del bar.)

VERA. Sé quién escribió la nota.

(Los que dormían se incorporan.)

VERA. Alguien que sabía que era contable antes de que se dijera. Que estaba en la barra a medianoche, al lado de la tarjeta de Tiago. Que duerme en la cubierta Prestige, con un bloc de papel en el escritorio. Que fumaba a su lado a la una menos veinte. Y que necesitaba, más que nadie aquí, que ella no bajara en Bastia.

BRUNO. ¡Está usted loca! ¡A las dos menos tres yo estaba en el puente, Claire se lo ha dicho!

VERA. Para el camarote, tenía usted a alguien. Los directores no registran ellos mismos. Mandan registrar.

BRUNO. ¿A quién?

VERA. Los gendarmes lo averiguarán. Les pagan para eso.

DIANE. Se lo dije, a la una y cincuenta. Miente desde que entró.

BRUNO. Quiero llamar a mi abogado.

MARCO. Su abogado está durmiendo. Como todo el mundo.

ODETTE. Las cinco y cuarenta y dos. «Quiero llamar a mi abogado.» Todos dicen lo mismo. Cuarenta años escribiéndolo.

VERA. A las siete. Alma, la llave.

(Alma descuelga una llave roja de su cordón y se la tiende a Vera.)

VERA. Sam. La caja.

(Sam abre el cajón de la caja registradora. Vera deja la llave dentro, cierra, gira la llavecita de la caja y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta.)

VERA. Se queda ahí hasta que lleguen los gendarmes. Nadie la toca. Y ahora, todo el mundo a dormir una hora. Aquí. Yo también necesito una hora. Sam, la luz grande.

SAM. ¿La lamparilla?

VERA. La lamparilla.

(Sam apaga. Solo queda una luz azul encima de la barra y el pequeño círculo luminoso del reloj de pared. Apenas se distinguen las siluetas. Vera se sienta en una silla junto a la puerta y se cruza de brazos.)

ESCENA 3: LA LAMPARILLA

(Las seis y cuarto. La luz azul. El motor. Detrás de los ojos de buey, lo negro empieza a volverse gris. Se habla bajo.)

MARCO. ¿Duerme?

ALMA. No.

MARCO. Yo tampoco. Quería decirle una cosa. A las dos, no estaba fumando. Bajé al garaje, por la escalera de los camioneros. Tengo el código. Para ver si no estaba usted en mi litera, a pesar de todo. A pesar de mi no.

ALMA. ¿Y si hubiera estado?

MARCO. No lo sé. Por eso bajé: para saber lo que habría hecho.

ALMA. ¿Y lo que me dijo, allí arriba?

MARCO. «Váyase a llorar a otra parte.»

ALMA. No lloré. Grité, una hora después. No es lo mismo.

(Más allá, junto al ojo de buey, Inès y Joseph.)

INÈS. El cielo se está poniendo gris, por allí. Con una línea.

JOSEPH. Es el cabo Corso. La línea es la montaña.

INÈS. ¿Entonces hemos pasado por encima de ella? ¿De la abuela?

JOSEPH. Hace cuatro horas. Ahora está detrás de nosotros. Todo el mar que queda detrás de nosotros es ella.

INÈS. Le enseñaré el vídeo a mamá. Así ella también lo habrá visto.

JOSEPH. Enséñale primero la tapa. Después el vídeo. En ese orden, irá bien.

(Junto a la barra, Tiago y Claire, sentados en el suelo, con la espalda contra la pared.)

TIAGO. ¿Cree que me van a echar?

CLAIRE. Creo que hay mucha gente a la que van a echar antes que a ti.

(En una mesa, Odette y Mila.)

ODETTE. Le dirá a su hermana que ha tocado bien.

MILA. He tocado una nota.

ODETTE. A las cinco de la mañana, una nota es un concierto.

MILA. Le diré que he viajado con una secretaria judicial, una ahogada que no lo estaba y un director en albornoz. No me va a creer.

ODETTE. Le copiaré mi libreta.

(Detrás de la barra, Sam seca un vaso que ya está seco. Charlie, enfrente, con los codos en la barra.)

CHARLIE. Nico. ¿Puedo poner su nombre, en el artículo?

SAM. Pregúntaselo a él. Dirá que sí. Dice que sí a todo desde que ya no puede correr.

CHARLIE. ¿Y el tuyo?

SAM. El mío, no. Yo me quedo detrás de la barra. Alguien tiene que servirles el café a los gendarmes.

(Silencio. El motor. Las siluetas ya no se mueven. Vera, en su silla junto a la puerta, tiene la cabeza caída sobre el pecho.)

(Una silueta se levanta, choca con una silla. Es Bruno.)

BRUNO. Los aseos. ¿Por dónde se va a los aseos?

SAM. La puertecita, a la derecha de la barra.

(Bruno avanza en la penumbra. Pasa delante de la caja. Se detiene. Mira la

caja. Mira a Vera, que no se mueve. En la banqueta, otra silueta se ha incorporado y lo mira. Un tiempo. Luego Bruno sigue, abre la puertecita y desaparece.)

(La silueta de la banqueta se levanta, sin ruido. Pasa entre las mesas sin rozar una silla, rodea la barra, se detiene delante de la caja. Coge de la barra el cuchillito del bar, mete la hoja en la cerradura del cajón, aprieta. El cajón se abre. Una mano coge la llave roja.)

VERA. Sam.

(La luz grande se enciende de golpe. Diane está detrás de la barra, con el cuchillo en una mano y la llave roja en la otra. La puertecita de los aseos se abre: sale Bruno y se para en seco.)

BRUNO. ¡No he sido yo! ¡No he tocado nada!

VERA. Lo sabemos, señor. Por una vez, lo sabemos.

ESCENA 4: LO QUE SE RECUPERA

(Las seis y media. Todos están de pie. Diane no se ha movido de detrás de la barra. Deja el cuchillo.)

DIANE. He visto al director pararse delante de la caja. He venido a comprobar que la llave seguía ahí.

VERA. Usted me vio cerrar el cajón con llave. Para comprobar un cajón cerrado, se mira. No se fuerza con el cuchillo del limón.

DIANE. ¿Un cajón, un cuchillo, una mujer que no duerme, y usted monta un juicio? He hecho quince años de criminal, comisaria. Sé lo que se sostiene delante de un juez.

VERA. Entonces le vamos a decir lo que se sostiene. No yo. Ellos. ¿Tiago?

TIAGO. Medianoche. La barra. La tarjeta maestra número 14 al lado de su infusión. Cuatro personas en la barra, y usted es una de ellas.

CLAIRE. La una y cincuenta y siete, la tarjeta abre el 6012. El director está conmigo en el puente. Fuera: usted, Mila, Marco y Charlie. A Marco lo graba la cámara del garaje en su litera de la una y cincuenta y seis a las dos y diez; esa sí funciona. Charlie: su teléfono escribe a su redacción por el wifi de la cubierta 5 hasta las dos y nueve. Quedan dos.

ODETTE. Dos, en la misma banqueta. Así que he releído mis pitidos. La una: dos pitidos, del lado de la banqueta, cuando entró la chica. La violonchelista todavía dormía: en la banqueta solo estaba usted. Las dos:

nada, aquí, usted había salido. Las tres, las cuatro: dos pitidos ahogados, de su lado.

MILA. Y a las cinco, yo ya no estaba en la banqueta. Estaba en el centro, con mi violonchelo, y tocaba un la contra el motor. Los dos pitidos vinieron del fondo, de debajo de su manga. Un mi y un do. Los mismos que a las dos, a través del tabique del 6012. A las tres estaba la silla; a las cuatro, la radio: no estaba segura de nada. A las cinco, solo estaba mi la.

DIANE. Un reloj. Hay miles de relojes como el mío.

ODETTE. Y la una y veintiocho. Releo: «En la cena, una morenita, sola en su mesa.» La chica acababa de decir pelirroja. Era pelirroja para todo el mundo, esta noche. Menos para usted.

VERA. Morena, solo lo es debajo de la peluca. Y en la foto de su acreditación, en la sede. Una foto que le dieron a usted, con un número de camarote. ¿Claire?

CLAIRE. Méridien Conseil. Un despacho de investigación privada, en Marsella. Ni agencia en Bastia, ni formación. Su mayor cliente: el bufete de abogados de Azur Levant.

(Diane mira la llave roja que tiene en la mano.)

VERA. Quédesela. Es la mía. La que llevo al cuello desde el principio de la noche, y que todos han visto. Dentro están los simulacros de evacuación del Calanca, y el informe del 14 de marzo, con mi firma al pie.

(Alma saca el cordón de debajo del jersey. Todavía cuelga de él una llave roja.)

ALMA. Me la pasó a las cinco, debajo de la manta. Llevaba dos al cuello. Le he dado la suya.

(Un largo silencio. Diane deja la llave sobre la barra, al lado del cuchillo.)

DIANE. Nadie le ha tocado un pelo a nadie, esta noche. Apúntelo, señora secretaria. Quince años en la criminal de Lyon. Noches en coches helados, chavales muertos en huecos de escalera, un sueldo que no paga el alquiler. Y un día, me llama un despacho. Recuperar objetos. Discos duros, libretas, llaves. Y convencer a la gente. No pego a nadie, no empujo a nadie. Escribo una frase por debajo de una puerta. Normalmente basta: la gente con miedo devuelve lo que se ha llevado. Ella, no. Prefirió ahogarse de mentira. Nunca había visto nada igual.

BRUNO. ¿Quién le paga?

DIANE. Usted no. Usted regala pisos con vistas al mar. Méridien me pagó el camarote 8003. Y la cena.

BRUNO. Yo no lo sabía.

DIANE. No quería saberlo. Para eso pagan a gente como yo: para que la gente como usted no sepa.

ALMA. ¿Y si hubiera saltado de verdad?

DIANE. Me habrían pagado igual. La llave en el fondo del mar era el contrato cumplido.

(Nadie habla. Marco y Tiago se colocan a cada lado de Diane.)

VERA. Siéntese, señora. En la banqueta. Ya la conoce.

ESCENA 5: BASTIA

(Las siete menos cinco. Entra la luz del día por los ojos de buey. Diane está sentada en la banqueta, entre Marco y Tiago. El motor aminora. Una sirena de niebla, larga, por encima del bar.)

MILA. Si bemol. Como la otra.

CLAIRE. Bastia en cinco minutos. La gendarmería marítima espera en el muelle. El centro de salvamento hizo volver al helicóptero a las cuatro y diez. La tripulación manda decir que está contenta de volver de vacío.

ALMA. Deles las gracias. De mi parte.

CLAIRE. Se las dará usted misma. Querrán verla. Siempre quieren ver a la gente que no han encontrado.

BRUNO. Vera. Veinte años en la casa. ¿Sabe lo que está haciendo?

VERA. Por eso lo hago.

BRUNO. La despedirán.

VERA. ¿Antes que a usted, o después?

(Bruno no contesta. Se quita el albornoz y lo dobla sobre una silla. Sam deja una taza de café delante de Vera.)

SAM. Sin azúcar.

VERA. Sam. Nico, ¿sigue viviendo en Bastia?

SAM. Encima del puerto. Con las muletas, baja una vez al día.

VERA. Dile que pasaré a verle. Con el informe de verdad. El de Claire.

SAM. Te echará.

VERA. Tendrá razón. Volveré al día siguiente.

CLAIRE. Está en mi llave, con los otros cuatro. Nunca se lo he mandado a nadie.

VERA. Mándaselo a los gendarmes. Con el mío. Que lean los dos, uno al lado del otro.

(Odette se levanta. Vacía el bolso sobre la barra. Todo lo que contiene.)

ODETTE. Los mecheros. ¿De quién son los mecheros?

MARCO. El negro es mío. Lo perdí en marzo, en este barco.

ODETTE. En marzo, sí. La travesía del doce. Ya llevaba usted su gorra.

(Marco recupera su mechero.)

ODETTE. La cucharilla es del restaurante. Los terrones, del bar. Y el bolígrafo, señor director, es de su compañía. Le corresponde.

BRUNO. Quédeselo.

ODETTE. No. Esta mañana lo devuelvo todo. Da una impresión muy rara, un bolso vacío. Parece que se ha perdido algo.

(Vuelve a coger su crucigrama.)

ODETTE. Y sigue faltándome mi palabra. Siete letras. «Lo que el mar no devuelve.»

JOSEPH. Cenizas.

(Odette cuenta con los dedos, y luego escribe.)

ODETTE. Siete. Cabe.

MILA. Comisaria. ¿Y yo? ¿Léa Morand?

VERA. Léa Morand, camarote 6014, ha hecho una travesía sin incidentes. Tocaré muy bien esta noche, en Calvi.

MILA. Tocaré mejor que yo.

VERA. Eso ya es problema suyo.

(Vera saca del bolsillo la tarjeta maestra número 14 y se la tiende a Tiago.)

VERA. La 14. Ahora la llevas al cuello. Como una llave.

TIAGO. ¿Acabo la temporada?

VERA. Conmigo no, seguramente. Pero la acabas.

(Alma coge el abrigo verde de la barra y se lo pone.)

CHARLIE. ¿A las nueve, en el puerto viejo?

ALMA. A las nueve. Llegaré puntual.

CHARLIE. ¿No irá a desaparecer otra vez?

ALMA. Nunca más. Da demasiado trabajo.

(Vera coge el zapato, que sigue al final de la barra desde la una de la madrugada. Se lo tiende a Alma. Alma lo mira, y luego se lo pone.)

(Un reloj de pulsera pita dos veces, una nota aguda, una nota grave. Todos se vuelven hacia la banqueta. Diane no se mira la muñeca. El reloj de pared marca las siete.)

(El barco toca el muelle. Una sacudida. El motor se para. Por primera vez en toda la noche, no hay ningún ruido.)

ALMA. Bajo en Bastia.

(Un tiempo.)

ALMA. Con lo que me he llevado.

(La sirena, una última vez. Oscuro.)



Ensayá este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabajálo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escribenos a

Travesía nocturna

contact@acto.re.